

nos a lo humano, exactamente en esas caritas presas por el teatro, vi una y otra vez los ojos de Andrés y sentí por fin que el rito funerario había tenido lugar, aunque aún no me pueda convencer cómo lo dejamos morir.

Yo estoy débil, pero el Arte es fuerte. La belleza y la libertad del Teatro nos sostiene. A través del arte, nosotros, nómades creativos en el desierto de la indiferencia, abrimos espacios para que aquellos, a quienes la parte nuestra represiva, prejuiciosa, intenta arrebatarse el derecho a levantar la voz, su voz, la propia voz, sean escuchados: los señalados, de un dedo cargado por la culpa, que buscan; los postergados, por la elite de la educación; los marginados, por el egoísmo de la riqueza material; los censurados, por la incomprensión, que optaron asumir su destino sexual; los ignorados, por el medio, que siguen a Antígona en la persistencia del derecho de enterrar a los muertos.

En el trabajo del Arte, nosotros, seres de habla, incluso sin saberlo, dejamos que hablen todos los olvidados.

Vivan los gobiernos que otorgan instancias para que los olvidados tengan la oportunidad de expresarse, la cultura nos salvará. El teatro, espejo, nos ayuda a comprender o a comprender al otro. Ese otro soy yo.

¡Felicidades, ahora y siempre! Al Gran Circo Teatro y a todos, músicos, bailarines, dibujantes, pintores, escultores, artesanos, mendigos, cantantes, que nos recuerdan al otro y a todos los que buscan lo mejor.

Andrés Lorenzo Pérez Araya.⁴ ●

4. Carta escrita por Andrés Pérez Araya, desde el castillo de Uely y Eva, en Montheón, Francia, publicada por el periódico La Nación, Santiago.

Para Andrés

Joan Jara

Coreógrafa y bailarina
Directora del Centro de Danza Espiral
y viuda de Víctor Jara.

Me da mucha pena que Víctor no haya podido conocer la obra de Andrés. La habría admirado mucho. Lamento que Andrés y Víctor nunca tuvieran la posibilidad de convesar, de discutir, de trabajar juntos. Les separó el corte brutal en el desarrollo cultural de Chile causado por el golpe militar. A pesar de eso, les unen, creo yo, muchos valores y sentimientos. Pertenecían ambos a una clase social humilde, se afanaron por producir un arte popular accesible a todo el pueblo. Un arte, como decía Víctor, que *ayude a vivir*.

Víctor, en su época, sentía la necesidad de dejar su profesión y salir del teatro con su guitarra a comunicarse con el pueblo. Andrés, en la suya, en los tiempos más oscuros y represivos del régimen militar, llevó el teatro a la calle, buscando un lenguaje artístico que sobrepasara las restricciones de la censura y todas las dificultades inherentes a esos tiempos.

Conocí a Andrés antes del 73, como alumno de la Facultad de Arte de la Universidad de Chile. Se distinguía por su gran talento, no sólo en el teatro sino también en la danza. Sus dotes de coreógrafo se hicieron evidentes en todo su queha-

cer posterior, convirtiéndose en un director genial en expresión corporal y teatral, que supo enraizar los conocimientos adquiridos en el extranjero en lo propiamente chileno, creando así un arte teatral verdaderamente popular.

Después del cambio de gobierno en 1990, busqué de nuevo a Andrés, ahora para pedir su ayuda. Un gran número de lugares en Chile se usaron para matar y torturar, dejando su huella de horror y espanto, entre ellos, el Estadio Chile, donde Víctor encontró la muerte. Eramos muchos los artistas que sentíamos la necesidad de hacer allí un gran acto de solidaridad y purificación, para poder usar de nuevo ese espacio, como en el pasado, para la recreación y la cultura.

Así es como, el 4 y 5 de Abril de 1991, produjimos las Jornadas de Purificación del Estadio Chile, donde Andrés dirigió a cientos de artistas chilenos en un gran acto, necesario, inolvidable y liberador que nos ayudó a creer en la vida y en el futuro. En ese momento, la Fundación Víctor Jara en Chile parecía un anhelo posible de realizar.

Gracias, Andrés, para siempre. Con razón el pueblo te quiere tanto.

Lástima que nunca tuviste el apoyo institucional que merecías. ●